

Dr. HUGO L. LOPEZ  
Jefe de División  
Zoología Vertebrados  
Museo de La Plata

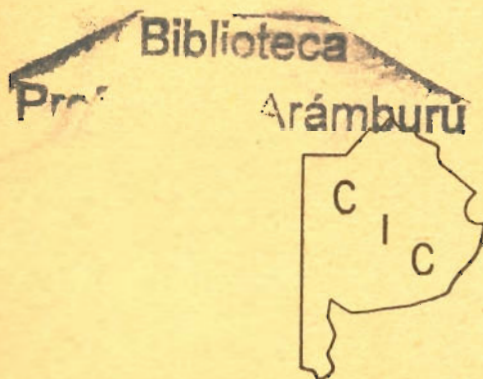


COMISIÓN DE INVESTIGACION CIENTÍFICA  
PROVINCIA DE BUENOS AIRES  
GOBERNACIÓN

# 150 AÑOS DE EVOLUCIÓN CIENTÍFICA ARGENTINO BRITÁNICA

POR  
EMILIANO J. MAC DONAGH

PUBLICACIÓN Nº 1



LA PLATA  
1960

El presente trabajo se realiza con motivo de la 1ª Exposición de la Evolución Científica Argentino-Británica, auspiciada por: Comisión de Investigación Científica de la Provincia de Buenos Aires; Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto y el Consejo Británico de Relaciones Culturales, quienes agradecen a las Autoridades Nacionales, Provinciales y Británicas, la concreción de dicha Exposición.

GOBERNADOR DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

**DOCTOR OSCAR E. ALENDE**

VICEGOBERNADOR DE LA PROVINCIA  
Y PRESIDENTE DEL SENADO

**DOCTOR ARTURO CROSETTI**

MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES Y CULTO

**Doctor Diógenes Taboada**

EMBAJADOR DE GRAN BRETAÑA

**Sir John Guthrie War**

DIRECTOR GENERAL DE RELACIONES CULTURALES

**Embajador D. José Mazar Barnett**

REPRESENTANTE DEL CONSEJO BRITÁNICO  
DE RELACIONES CULTURALES

**N. A. R. Mac Kay**

PRESIDENTE DE LA UNIVERSIDAD DE LA PLATA

**Doctor Damilo Vucetich**

DECANO DE LA FACULTAD DE CIENCIAS  
NATURALES Y MUSEO DE LA PLATA

**Doctor Sebastián A. Guarrera**

PRESIDENTE DE LA ASOCIACIÓN ARGENTINA  
DE CULTURA INGLESA

**Doctor A. del Campillo**

**Doctor Emiliano J. Mac Donagh**

**NÓMINA DE LOS MIEMBROS DE LA  
COMISIÓN CIENTÍFICA**

**PRESIDENTE**

**Doctor Héctor Isnardi**

**VICEPRESIDENTE**

**Doctor Enrique Loedel Palumbo**

**SECRETARIO**

**Doctor Luis A. Bontempi**

**VOCALES**

**Doctor Roberto Mercader**

**Doctor Angel V. Borello**

**Doctor Martín Vucetich**

**Ing. Agr. Benno Julio Christian Schnack**

**SECRETARIO ADMINISTRATIVO**

**Prof. Mario Luis Palacios**

Sitio Argentino de Producción Animal  
**PROFESOR EMILIANO J. MAC DONAGH**

# 150 AÑOS DE EVOLUCION CIENTIFICA ARGENTINO-BRITANICA



**COMISIÓN DE INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA**  
**PROVINCIA DE BUENOS AIRES**  
**GOBERNACIÓN**

Las ciencias tienen un dominio universal en cuanto a la materia que investigan y a los hombres de todas las naciones que las ejercitan. Por otra parte, todas las ciencias están relacionadas y el progreso de una ayuda al de la otra; más aún: hasta que ciertas ciencias no resuelven sus problemas, otras no adelantan. De esto es un excelente ejemplo una ciencia física, la óptica, que con el microscopio reveló mundos desconocidos de la biología, y que necesitó de la química y de la mineralogía para lograr ciertos tipos de lentes que, de un avance a otro, dotaron a los científicos de microscopios con un poder de resolución y de análisis colorimétrico antes inasequible.

Uno de los más autorizados tratadistas de la historia de la ciencia, H. S. Taylor, ha fijado el comienzo de la era moderna del dominio científico, en el final de la creencia en la teoría del flogisto, y en la demostración victoriosa de Lavoisier del verdadero proceso de la combustión, con sus estudios magistrales sobre el oxígeno. 'Del flogisto al Ciclotrón', como dice dicho autor, serían ciento setenta y cinco años, durante los cuales la ciencia recorrió "un atestado camino real".

Otro de los creadores de la físico-química moderna, Irving Langmuir, elogiando la historia de Taylor, atribuye el mérito de ésta a que concede su verdadera importancia a las inter-relaciones de las ciencias: la física con la química, ambas sobre la biología, y lo mismo sucede con la ingeniería, la astronomía, todas bajo las matemáticas, y así siempre. El desarrollo variadísimo a que han llevado los descubrimientos atómicos (por ejemplo, su uso benéfico en la biología y la medicina, por medio de los isótopos) motivó que Bowman, en su libro póstumo, "El universo sacramental" (y su pensamiento es recogido y adoptado por H. S. Taylor)

dijese que la edad en que vivimos es notable por dos cosas: el triunfo creciente del hombre sobre la naturaleza en las esferas de las ciencias, tanto teóricas como aplicadas, y su trágica inhabilidad para ordenar su propia vida; cada año adelanta su conocimiento del mundo físico, pero "cada año nos trae la desconcertante inescrutabilidad de la naturaleza humana, según lo revela nuestra civilización desordenada". Una posición más optimista es la de Alexis Carrel, en cuanto que indicó los caminos para la recuperación; Carrel ocupa casi medio siglo de la historia de la biología, a la cual transformó.

Como quiera que el hombre es el coronamiento de la naturaleza, y que es un ser social por esencia, y pues la biología es la ciencia que lo engloba, en una historia de la ciencia tan particular como la que nos ocupa ahora (la relación de evolución de la ciencia en la República Argentina y en Gran Bretaña) la elección del camino es clarísima: se trata de estudiar las figuras cumbres que relacionan a ambas, a los hombres que han hecho historia con su saber. La Comisión de Investigación Científica de la Provincia de Buenos Aires y el Consejo Británico de Relaciones Culturales, con el alto auspicio del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de la Argentina, planearon, por medio de sus autoridades respectivas, la organización de una Primera Exposición ilustrativa del desarrollo armonioso de las ciencias en el período que corresponde a los ciento cincuenta años de existencia libre de la República Argentina. Las grandes figuras que se imponían a la consideración (aparte de una exposición explicada de los retratos de los más notorios científicos británicos de ese período o el inmediato anterior) tenían que ser, lógicamente, el gran naturalista británico Charles Darwin, quien exploró nuestro país en idas y venidas a los veinte años del pronunciamiento de mayo, y luego, en hombre de reputación universal nos citó reiteradamente en sus obras; Guillermo Enrique Hudson, nacido aquí, pero que solamente publicó en inglés, con lo cual se difundió por el inmenso mundo de aquella habla el conocimiento de nuestra naturaleza; un vecino suyo de los pagos e Quilmes, casi desconocido, como argentino, si no fuese por una referencia de Hudson, pero famoso radiólogo en Londres, gran inventor; Francisco Javier Muñiz, de quien es innecesario trazar aquí la biografía, el primero en la

## LA EVOLUCIÓN CIENTÍFICA ARGENTINO-BRITÁNICA

historia de la paleontología argentina, el primero en descubrir la “vacuna criolla” (antivariólica, es decir, la verificación local y “natural, nativa” del descubrimiento e invento del británico Jenner; Muñiz, pues, que fue el colaborador y corresponsal (“Mr. Muñiz, from Luxán...”) de Charles Darwin en el estudio del ganado “Ñato”, el primer caso de mutación citado en “El Origen de las Especies” y que después ha sido un clásico; su continuador natural en la paleontología lujanense, y luego toda la argentina, Florentino Ameghino (resultaría superfluo resumir en estas líneas su tan conocida biografía) el comentador fervoroso de Darwin, continuador de Owen, el gran anatomista que estudió los fósiles de los envíos de la “Beagle”, Ameghino que envió al Museo Británico de Londres el cráneo de aquella ave fósil extraordinaria por su tamaño y por su anatomía, como de chuña ancestral, el Fororaco; y, para presidir en algún modo esta serie, el Dr. Francisco P. Moreno, fundador del Museo de La Plata, que trajo al que luego sería Sir Richard Lydekker para organizar la sección Paleontología, la misma en que hizo sus primeras grandes expediciones científicas Ameghino, “el Perito Moreno”, de la cuestión geográfica limítrofe en la Cordillera, y que fue el brazo derecho del Comisionado geógrafo por el Árbitro, S. M. Británica, en la cuestión: es decir, el famoso Coronel Holdich, quien comprobó sobre el terreno el acierto científico de Moreno.

Para que esta Guía de la Exposición no se alargue no se han estudiado muchas otras figuras que no entran, propiamente hablando en la historia de esa evolución de las relaciones científicas: uno, el primero, porque está antes, en el tiempo, ya que pertenece al período español: Tomás Falkner, médico británico y luego misionero jesuita y explorador, cuya descripción de la Patagonia es un monumento a la historia natural y geográfica argentina. Otro, el abnegado médico del General Belgrano, el Dr. Redhead, que le acompañó desde Tucumán a Buenos Aires en el triste viaje antes de su muerte, y cuya historia patética ha sido contada por Mitre en página inolvidable: cuando el General, en la última miseria, ya moribundo, hace traer a su hermana el reloj de oro, y se lo da como recuerdo al Dr. Redhead porque nunca podrá pagarle sus servicios...

## FRANCISCO P. MORENO, GRAN GEÓGRAFO ARGENTINO Y SU PERITAJE ANTE EL CORONEL THOMAS H. HOLDICH COMISIONADO DEL ÁRBITRO BRITÁNICO

Francisco P. Moreno nació en Buenos Aires el 31 de mayo de 1852 y murió en la misma ciudad el 22 de noviembre de 1919. Recuperó para su patria inmensas extensiones disputadas en las cuestiones de límites, pero además le dio a ella el prestigio científico internacional, primero con la fundación y desarrollo vertiginoso del Museo de La Plata, base de sus exploraciones, segundo, que le asistió la razón científica en su alegato en defensa de los derechos argentinos en la frontera y su interior.

Este hombre, tan argentino como el que más, ha realizado en 67 años de vida (a los 12 coleccionaba fósiles), en la acción, la organización y en el pensamiento escrito, una obra tan gigantesca, que explica y justifica la amargura de sus años finales, como él mismo lo señala: “No puedo dormir, pensando en lo que hay que hacer para la mayor grandeza y defensa del país, y mi falta de fuerzas, de recursos y de vida para hacerlo comprender en esta capital tan extranjera para los nativos” (octubre de 1918, transcrito en “El Monitor de la Educación Común”).

Un gran hombre que quiere “servir” (“...es más duro vivir sin servir...”, dice) y un país que parece adormecido en esas décadas, apenas avivado fugazmente con la celebración del Centenario de Mayo, Moreno va quedando solo. Moreno ha ensanchado el país con su acción patriótica sobre la lejana frontera y con la persuasión de su prédica, y quiere agrandarlo en los



## EMILIANO J. MAC DONAGH

hijos del país, formándolos más dignos de la grandeza nacional. Pocos le escuchan. Ha sido un predecesor solitario, un avanzado de la conquista del desierto, pasando aventuras y salvándose de peligros iguales a los de los Conquistadores, algunos de ellos en el camino de la Ciudad de los Césares, pero, ya retirado, sin hablar de sí mismo sino de las penurias, dirá en sus nobles "Reminiscencias", salvadas por su hijo don Eduardo, palabras ejemplares: "Hoy, el hombre ignorante de ese pasado, sin las pesadillas propias de aquel ambiente, siembra oro en toda esa vasta extensión, una de las primeras del globo, como "tierra de pan llevar". Precisamente este pensamiento sobre la tierra del trigo, le mueve a dirigirse al ministro de Agricultura, muchos años después, en 1917, precisamente, para advertirle del grave peligro en que está la Argentina de quedarse estancada en su prosperidad ante el avance de las otras naciones en la producción de aquellas mismas riquezas agrícolas y ganaderas que por un tiempo han constituido nuestra fuerza, pero de las cuales no puede esperarse más si hemos de seguir en un crecimiento meramente rutinario. Denuncia que no administramos bien nuestro suelo, que no vigilamos nuestra producción, que es preciso estudiar "el suelo y sus aguas, siempre bajo el punto de vista técnico, quedando a cargo de subsecciones lo administrativo"; además, cita ejemplos como "buscando el medio de manejar nuestros recursos naturales sin gastarlos"... , "tendremos los elementos de riqueza que salven a la República de sus dificultades presentes", y vuelve a recomendar lo que dijera en carta anterior: "la conveniencia de suspender toda concesión de carbón y petróleo", y "Cuidado con los acaparamientos con miras comerciales y políticas. Declaremos también propiedad nacional el combustible blanco, el torrente, la cascada y sobre todo, estudiemos la tierra como lo manda el sentido común, cambiando las leyes y los métodos anticientíficos actuales". Bien podía predicarlo él, promotor de la explotación y de la investigación científica, puntero en la Patagonia, fundador del Museo de La Plata.

Es confortante que el país pueda considerar las realidades y vivir con ellas mientras en él fueron ensueños, de vigilia, cierto es, como las brillazones en las soledades pampeanas que tanto an-

## LA EVOLUCIÓN CIENTÍFICA ARGENTINO-BRITÁNICA

duviera, pero que iban camino de frustrarse. Lo vemos y nos parece natural, pero pudimos haberlo perdido.

El carbón del Río Turbio, que podrá alimentar la industria argentina en su máximo por más de un siglo, cuando para entonces habrá otras fuentes de energía, ese yacimiento situado cerca del más extremo suroeste de la Patagonia, a cosa de sólo 28 kilómetros de un brazo del Océano Pacífico, cuyos aires se perciben desde sus lomas, descubierto en 1887 y mirado después como tema de monografía para sabios, hoy explotado y en atisbo de emporio, está en tierra argentina indiscutible por un arbitraje inobjetable, gracias a la ciencia geográfica realista y no libresca de este gran argentino.

Fué un autodidacto pero quiso sinceramente sujetarse a una enseñanza y marchó a Francia donde comenzó a asistir a cursos regulares, pero como cuenta Ernesto Quesada, descubierto Moreno por Broca, tuvo que lanzarse al mundo de la producción científica, reclamado por las sociedades sabias. Sin embargo, una cualidad fundamental remediaba las fallas que pudieran mostrarse en su formación: era su humildad realista, esa misma que lo llevó, después de publicar su *Viaje a la Patagonia*, a irse de incógnito de Buenos Aires a París para aprender, porque sentía que intelectualmente lo necesitaba, pero ya tenía en sí, en lo hondo de su espíritu, la marca del verdadero hombre de ciencia, cuya inteligencia aprende de la naturaleza, diferente del hombre de libros sobre la naturaleza, quien se forja un mundo supuesto al cual acomoda a sus prejuicios, sus rutinas, y las otras formas de la ignorancia.

Contra ellos lucha Moreno, geógrafo de la tierra real, con sus bellezas y sus durezas, con sus indias sabedoras de los secretos de sus pasos transcordilleranos que no revelarían al explorador, con sus caciques como Shaihueque, de quien dirá Moreno que sólo a sus antepasados atribuía el cacique o "Gran Cabeza" la pertenencia "de los animales silvestres, y el pasto de los campos y la plata de las montañas" y que "defendía su patria". "Se creía dueño de su tierra por derecho divino"; esta realidad, pues, chocó impetuosamente contra la geografía de gabinete, de mapas viejos y cancillería, contra los hábitos cómodos y el dejarse estar en la gran aldea. Moreno triunfó. Pero antes lo había sentido

## EMILIANO J. MAC DONAGH

en lo íntimo, y lo dice en sus *Reminiscencias*: “Los fáciles goces materiales nos han hecho olvidar... nuestros deberes para con la patria...”. Es de su madurez esta reflexión terrible: “...las generaciones venideras han de pedir cuenta a la presente de lo que fué argentino y que hoy ya no lo es, y, entonces, caerán estatuas y otras honras...”. Su ciencia era la de un patriota de ojos abiertos que fué a los mismos lugares de la disputa de frontera para ver cómo era la verdad de las tierras y no la geografía física en los manuales. La famosa cuestión de que la línea de fronteras pasará por las cumbres más elevadas que dividan las aguas, con el agregado que pasará por entre las vertientes que se desprenden a un lado y a otro, como establecía el tratado de 1881, era clara en teoría. Pero Moreno demostró hasta con un famoso experimento sobre el curso de un río en la Patagonia cuánto más complejo lo presentaba la madre tierra. El árbitro final, el coronel británico Holdich, en 1902, después de terminada la disputa de las fronteras, le escribió a Moreno una carta en donde le decía: “He dicho muchas veces que todo cuanto el Gobierno Argentino gane al Oeste de la División continental de las aguas será enteramente debido a usted”. En su calidad de Perito argentino mientras estaba en Londres para asesorar respecto del arbitraje, dió en 1899 una conferencia en la Real Sociedad de Geografía, pasando y explicando 65 proyecciones fotográficas “espléndidas”, que suponemos de Carlos Bruch, mientras el texto lo leyó el secretario honorario de la Sociedad, el mayor Darwin, hijo de Charles Darwin, quien tantos recuerdos dejó de la Patagonia y cuyos estudios de naturalista citara tantas veces Moreno. La tribuna era la más alta de aquella época y el honor corría parejo con las ganancias en prestigio para la ciencia argentina. Todavía somos beneficiarios de esa nombradía.

El gobierno argentino recompensó al Perito Moreno, por ley n<sup>o</sup> 4192, con una extensión de campos fiscales en el Neuquén o al sur del Río Negro, según prefiriese, por servicios prestados con anterioridad a aquel cargo; el doctor Moreno, nunca más legítimamente el magnánimo “Pancho” Moreno, los donó a la Nación para constituir allí un parque nacional, ya que la ley “me permite (dice) hacerme dueño de paisajes que, en días ya lejanos me hicieron entrever la grandeza futura de tierras entonces igno-

## LA EVOLUCIÓN CIENTÍFICA ARGENTINO-BRITÁNICA

radas que nos eran disputadas, pero que su conocimiento ha hecho argentinas para siempre...". Así nació esta estupenda realización argentina que son los Parques Nacionales.

No dejemos pasar esta palabra de Moreno que es, al correr de la frase, una síntesis no buscada de su obra práctica de hombre de ciencia: El conocimiento ha hecho argentinas aquellas tierras. Es decir, la posesión intelectual es una avanzada de la soberanía. ¿Es acaso otro el guión argentino en el mar argentino y en la Antártida? Hemos mantenido con todo sacrificio el observatorio científico de las Islas Orcadas, que ha sido una guarnición civil más eficaz que si fuese una fortaleza al modo antiguo, porque es inexpugnable a fuer de indefensa y porque todo el mundo científico la necesita. Estamos dotando de otros tantos a los lugares científicamente elegidos de las islas y de la Península Antártica, a la cual vamos conociendo en cada uno de los dominios de las ciencias, desde las algas microscópicas, primeras en la cadena de la nutrición, hasta las modalidades fisiológicas de la adaptación del hombre a aquellas condiciones de vida en todo el ciclo del año, pues hay argentinos que allí pasan todo el oscuro invierno, legítimos seguidores de Pancho Moreno y sus sacrificios. En el Museo de La Plata, fundado por Moreno, estuvo exhibida la más completa colección de rocas y minerales antárticos que se conozca, traídas por diversas expediciones argentinas, y unos regalos de Bruce y de Shackleton; por cierto que este noble explorador obsequió a Moreno con una fotografía dedicada melancólicamente: el final desastroso de su expedición entre los hielos.

El Museo de La Plata corporiza el ideal científico de Moreno y es un estimonio accesible, completo, inagotable, de su energía, su tenacidad, su visión, y también de cómo este hombre supo transmitir a sus contemporáneos su entusiasmo por una obra que parecía absurdamente adelantada a su tiempo. Considérese que él inició como museo particular en una casa de Buenos Aires y luego en un galpón en la quinta paterna, la colección de antropología, arqueología, paleontología y otras disciplinas, aumentada fabulosamente con su expedición a la Patagonia en 1875, cuando la indiada dominaba los caminos, al punto que él se salvara providencialmente en Bahía Blanca de caer en las manos de los maloqueros. La erección del maravilloso edificio del Museo en el Bos-

## EMILIANO J. MAC DONAGH

que de La Plata, un modelo de belleza arquitectónica, un triunfo de la inteligencia en cuanto a planeo científico, se realizaba a tiempo de la pacificación nacional, con el traslado de la capital de la provincia a la nueva, novísima ciudad creada sobre una pampa rasa, y, como quien dice, al retorno de la expedición al desierto, la conquista de las vías patagónicas, y no ya la entrega de los caciques que fueron sus amigos y enemigos y "compadres" como Shayhueque, sino el fiero enemigo: Namuncurá. Todos ellos serían de inmediato el gran tema científico. Otra vez, pues, la conquista por el conocimiento.

¿Cuánto hemos conquistado en la República gracias al conocimiento que nos ha dado esa primera célula científica, esa semilla en vertiginosa cariocinesis, plantada por Moreno? Dejemos de lado historias de personas que no coincidieron con él en aquellos tiempos de fuertes personalidades; olvidemos como él la disidencia por la nacionalización del Museo y su incorporación a una universidad nacional, y su consiguiente pérdida del fundador, quien se alejó con las nobles palabras recogidas por Quesada. Entonces fué erigida en Facultad de Ciencias Naturales, incluyendo las ciencias Químicas y las Geográficas, que más tarde fueron separadas para nuevas creaciones; pero años después se restituyó la Facultad de Ciencias Naturales.

La cuestión de límites entre la Argentina y Chile venía discutiéndose desde muchos años, hasta que en 1881 el ministro de Relaciones Exteriores doctor Bernardo de Irigoyen, "cansado de tanta discusión inútil (dice Aquiles D. Ygobone en su extensa biografía de Moreno) y viendo que no se llegaba a ninguna conclusión en qué fundar un arreglo definitivo de la ardua cuestión, dirige sus miradas al único hombre capaz de resolver el problema que como nadie conocía, ya que había recorrido y explorado de punta a punta las regiones bajo litigio: Francisco P. Moreno, el primer viajero científico de nuestro suelo patrio, y que dos años antes había expresado estas proféticas palabras: "Discutimos (con Chile) hace tiempo las tierras australes sin conocerlas; hablamos de límites en la Cordillera, punto de separación de las aguas, y aún no sabemos qué dirección sigue ni dónde concluye, y si puede servir de límite natural o no, en las regiones inmediatas al Estrecho de Magallanes... Hácese, pues, necesario, que sepamos

con seguridad con qué elementos puede contribuir la Patagonia a la prosperidad de la República y esto sólo se puede conseguir conociendo su geografía y sus productos naturales". Moreno, que ya había explorado aquel territorio, llegando tanto a Santa Cruz como al Nahuel Huapi, y de regreso de Europa, donde había perfeccionado sus estudios, recibió del gobierno el encargo de preparar un mapa de la Patagonia y un informe detallado sobre la cuestión de los límites, tareas que realizó con tanto entusiasmo como ciencia, apelando a sus notas de explorador, sus recuerdos fidelísimos, y a la compulsión de cuanto documento le fuera accesible.

En 1856 se había firmado un tratado provisorio entre ambos países en que se reconocían los límites de 1810, "al tiempo de separarse de la dominación española" y previendo que "en caso de no arribar a un completo arreglo, someter la decisión al arbitraje de una nación amiga". Como siguieran las discusiones, en 1881, gracias a la mediación ofrecida por los Estados Unidos, se firma un tratado según el cual "El límite de la República Argentina y Chile, es, de Norte a Sur, hasta el paralelo 52° de latitud, la Cordillera de los Andes. La línea fronteriza correrá en esa extensión por las cumbres más elevadas de dicha Cordillera que dividan las aguas y pasará por entre las vertientes que se desprenden a un lado y otro". Luego siguen los otros puntos más concretos, pero aquel artículo primero contenía el principio sobre el cual se mantuvo firme el doctor Moreno, como Perito por la parte argentina. El perito chileno, Barros Arana, sostuvo que la línea debía correr por la divisoria de aguas, el "divortium aquarum", aunque no fuese por las altas cumbres. Después de muchas gestiones, incluso de una entrevista entre ambos presidentes en el Estrecho y de una reunión de notables en Buenos Aires, se somete al arbitraje de S. M. Británica, que en este caso era la Reina Victoria como lo fué después con Eduardo VII. Después de varias alternativas, Moreno quedó como perito y asesor del ministro argentino en Londres, realizando los viajes necesarios. El gobierno británico, por la Reina, que era el árbitro, designó al coronel Sir Thomas Hungerford Holdich, bien conocido como geógrafo y explorador, comisionado para reconocer sobre el terreno las dificultades e informar al tribunal arbitral. En el fondo, era la tesis

de Moreno, reiteradamente expresada, como que en una carta, en 1895, cuando era director del Museo de La Plata, le decía al doctor Magnasco: "Usted no le da a la geografía ni a los naturalistas la importancia que tienen en esta cuestión. Todo lo que pasa, resulta de la falta de datos. Usted lo reconoce en todas partes. Creo que podré demostrar el derecho argentino, basado en la orografía y en la geología, con tanta claridad, que hasta los chilenos lo reconocerán". En verdad, Magnasco había sido muy comprensivo con él. Del comisionado británico dice acertadamente Ygobone que su "nombre quedará en adelante, ligado para siempre a nuestro país por los lazos indestructibles que suelen crear la simpatía y la buena voluntad. Este hombre eminente —que entre nosotros se conoció mejor con el nombre de coronel Holdich— era de arrogante prestancia y llevaba con dignidad y sencillez a la vez los blasones de su noble prosapia. Distingúale en alto grado la discreción y parquedad, condiciones éstas que unidas a las muy estimables de imparcialidad y rectitud de criterio, facilitaron grandemente su misión de árbitro". Desembarcado en nuestro país, se traslada con las comisiones argentinas (ésta con Moreno) y chilena, a la Cordillera y recorren la enorme distancia que va desde el lago Lacar hasta el seno del Última Esperanza, y lo realizan en sólo tres meses. Reconocido así el territorio en litigio, el coronel Holdich regresa a Buenos Aires y de aquí va a Londres para presentar el informe geográfico al Tribunal de Arbitraje. Moreno también va a Londres, a ayudar pero también a vigilar que los gabinetes no modifiquen los resultados. Por él se obtiene una decisión de que se nombre una Comisión especial que el árbitro encargue de verificar sobre el terreno "los deslindes que establezca su sentencia". El mismo coronel Holdich es designado nuevamente, con sus ayudantes, los capitanes británicos R. S. Dickson, R. E. Thompson, R. E. Robertson y R. E. Crosthwait, que luego son acompañados en sus cuatro sectores por topógrafos y otros ayudantes argentinos y chilenos. El Alto Tribunal, presidido por Lord Mac Naughtam, elevó las conclusiones y el arbitraje fué firmado por el Rey Eduardo VII el 20 de noviembre de 1902. El doctor Moreno, quien viaja con la comisión en diversas partes, ha merecido del coronel Holdich, al Ministerio Británico este juicio: "No puedo expresar suficientemente mi re-

conocimiento al doctor Francisco P. Moreno por la energía y habilidad con que dirigió los preparativos para la demarcación en regiones remotas y difíciles". El laudo reconocía a la Argentina nada menos que cuarenta y dos mil kilómetros cuadrados que la parte litigante reclamaba; la tesis de Moreno "de las altas cumbres" quedó confirmada, y, aceptado el fallo, en un homenaje a Moreno en el Parque Lezama en 1903, el mismo coronel Holdich, finalizada su actuación de árbitro y verificador de los hitos, declaró lo siguiente: "La demostración al peyito argentino no podrá ser más justificada. El doctor Moreno ha desplegado en la defensa del derecho de la República Argentina todas las facultades notables que posee: la actividad mental y física, sus vastos conocimientos científicos, la práctica de la Cordillera que conoce como pocos, un ardor y un patriotismo que le dan derecho a la gratitud de sus conciudadanos". En una carta le decía: "Muchas veces he dicho que todo lo que el gobierno argentino (aclaremos: la Nación) obtuvo al oeste de la división de las aguas se debe exclusivamente a usted". Y en otra oportunidad: "Moreno, enteramente argentino en sus convicciones... fué sin embargo ántes que todo, hombre de ciencia, y jamás perdió el tiempo en controversias...". Cuando las Cámaras de la Nación premiaron la labor de tantos años de exploración y estudios científicos de Moreno donándole una extensión de tierras, eliminaron la referencia a la cuestión limítrofe, en espíritu de pacificación, y es sabido cómo el doctor Moreno donó a la Nación de eso que era suyo, por premio honorable, lo que hoy es el Parque Nacional de Nahuel Huapi y sobre cuyo modelo se han constituido después de otros Parques Nacionales, porque su lección fué aprendida por la posteridad.



## ÍNDICE

	<u>PÁGS.</u>
INTRODUCCIÓN . . . . .	9
Charles Darwin en su viaje argentino . . . . .	41
Guillermo Enrique Hudson, Naturalista y Escritor argentino	68
Sir James Mackenzie Davidson, un argentino descubierto por Hudson . . . . .	77
Francisco P. Moreno, gran Geógrafo argentino y su peritaje ante el Coronel Thomas H. Holdich, Comisionado del Árbitro Británico . . . . .	87
Índice . . . . .	89
Colofón . . . . .	91

# Sitio Argentino de Producción Animal

**ESTE LIBRO**

**SE TERMINÓ DE IMPRIMIR**

**EN ARTES GRÁFICAS**

**BARTOLOMÉ U. CHIESINO, S. A.**

**AMEGHINO 838 — AVELLANEDA**

**BUENOS AIRES**

**EL DÍA 23 DE AGOSTO**

**DE 1960.**

# ProBiota

*(Programa para el estudio y uso sustentable de la biota austral)*

Museo de La Plata  
Facultad de Ciencias Naturales y Museo, UNLP  
Paseo del Bosque s/n, 1900 La Plata, Argentina

## Directores

**Dr. Hugo L. López**  
hlopez@fcnym.unlp.edu.ar

**Dr. Jorge V. Crisci**  
crisci@fcnym.unlp.edu.ar

**Versión Electrónica**  
**Diseño, composición y procesamiento de imágenes**

**Justina Ponte Gómez**  
**División Zoología Vertebrados**  
**FCNyM, UNLP**  
jpg\_47@yahoo.com.mx

<http://ictiologiaargentina.blogspot.com.ar/>  
<http://raulringuelet.blogspot.com.ar/>  
<http://aquacomm.fcla.edu>  
<http://sedici.unlp.edu.ar/>

Indizada en la base de datos ASFA C.S.A.